

CAPÍTULOS GRATUITOS

Existence

Leen Candy

Prólogo

Los bosques en Caelum eran espesos y frondosos; las raíces de sus árboles se afianzaban en el terreno con la misma fuerza que lo haría un niño al pecho de su madre, mientras que sus tallos oscuros y robustos, ya entrados en plena madurez, se alzaban hacia el cielo como gigantes y se postraban ante él mostrando sus hojas perennes. Conocía cada pedazo de aquella indomable selva que se cernía sobre él y que lo resguardaba de sus captores desde que era un crío, mas en la oscuridad de la noche y siendo cazado como en aquellos momentos, incluso las ramas más conocidas tomaban un sombrío cariz desorientador.

El planeta estaba sumido en su estación más calurosa, el verano; sin embargo, Aiden tan solo percibía el frío más arrasador e implacable que se filtraba por cada una de sus heridas sanguinolentas, quebrando con lentitud la poca voluntad que aún residía en su interior.

El bosque era su hogar, y no por elección, sino por obligación; se trataba del único lugar seguro para alguien de su calaña; incluso teniendo que luchar contra factores adversos, como las temperaturas, los desastres

naturales, la falta de alimento y recursos básicos para la vida, seguía siendo mucho más seguro que cualquier otra parte.

Sin embargo, allí estaba, corriendo tan rápido como sus maltratadas piernas le permitían, con el corazón encogido en un puño y las pulsaciones disparadas; cada latido que golpeaba con fuerza su pecho era una advertencia de que su órgano vital amenazaba con detenerse de forma abrupta en cualquier momento. Pero Aiden no solo corría, porque si solo hiciera eso, podría notar cómo los restos de vegetación crujían bajo su peso, cómo el aire fresco golpeaba su rostro impidiéndole respirar y anulando parte de sus sentidos o se preocuparía por el hecho de que sus papilas gustativas estaban exaltadas debido al sabor de la sangre que impregnaba su boca.

Aiden no corría, huía y lo hacía despavorido, igual que un animal que protegiera su supervivencia. Esa era la realidad a la que debía enfrentarse todos los días de su existencia, una realidad abrasadora que le recordaba que no podía ni debía detenerse, porque de ser así, si ralentizaba el paso, se encontraría de nuevo frente a frente con la muerte, otra vez. Una experiencia que se reiteraba en el tiempo desde su infancia, pero a la que, por desgracia, todavía no estaba acostumbrado —y dudaba que lo estuviera algún día—.

Sus ojos luchaban por acostumbrarse a la oscuridad de la noche mientras recorrían cada centímetro de aquel inhóspito lugar, buscando una salida factible que le permitiera perder de vista a su enemigo. Era consciente de que forzaba su musculatura al máximo y que eso provocaría consecuencias desagradables en su cuerpo, pero la ocasión lo valía, al menos si quería seguir con vida.

De repente, lo notó. Ahí estaba de nuevo, esa sensación tan desagradable, pero tan insólitamente familiar; lo percibía en sus poros. Su piel, nívea como el mármol recién pulido, estaba impregnada por una gruesa y pegajosa capa de sudor, mas su cuerpo comenzaba a convulsionar debido a un frío inexistente, ese que tan solo se daba cuando el pavor a ser acechado tomaba tu ser.

Los latidos retumbaron con ímpetu contra sus sienes, instándole a decidir, cuando, frente a él, apareció un callejón sin salida y una única, pero factible, posibilidad de escapar. Aisló los miedos que surcaban su cabeza e impedían que ordenara sus pensamientos. Sus ojos, ávidos de inteligencia, se movieron sin cesar, intentando hallar opciones y centellaron al advertir un árbol tan prominente como para abrirle paso más allá del muro.

La velocidad a la que se movía se tornó vertiginosa y antinatural, ni siquiera vista en la fantasía, pero le bastó para coger impulso y escalar el árbol. Sin apenas esfuerzo, llegó a la cima y se lanzó sin contemplaciones hacia el paredón y lo sobrepasó de un solo salto. Fue en ese instante cuando agradeció la agilidad y la resistencia que le brindaba su especie, aunque detestara que fuera esa misma condición la que provocaba que tuviera que huir.

—Mierda —se quejó tomado por la cólera. En el transcurso de su propia persecución, había perdido de vista la ración diaria de comida que había conseguido horas antes y que, desde luego, le hacía mucha falta. Solo los dioses, si existían, sabían la hambruna que devastaba a su especie y que los obligaba a pasar días enteros sin probar bocado.

Mentiría si dijera que sus ojos no miraron atrás una vez más y que no llegó a plantearse volver o si seguir con su camino, pero la razón lo mantuvo donde estaba. Era un hecho que si volvía, lo matarían.

—¿Dónde está?! —Los gritos de un hombre al otro lado del muro llegaron hasta sus oídos. Su voz era gruesa y estaba empapada de desprecio, igual que la de cualquier otro humano.

—Comandante Bradley. —Esta sonó quebrada, nada parecida a la que le había precedido, como si tuviera miedo de lo que sus palabras pudieran provocarle al primer hombre—. Creemos que el híbrido ha saltado el muro.

—¿Y qué se supone que estáis esperando? —preguntó retóricamente el comandante—. ¡Contactad con el agente Matthew,

que traiga la nave! ¡Iremos por ellos ahora! —exclamó con enfado. Aiden podía imaginar su ceño fruncido mientras lo escuchaba—. Si no es mucho pedir, llamad al ejército aéreo de La Cúpula. Que dejen de desentenderse y muevan su majestuoso culo hasta aquí.

«La Cúpula». Oír su nombre provocó que reaccionara y emprendiera de nuevo su camino; necesitaba un lugar en el que permanecer oculto hasta que todo aquello acabara. El joven híbrido no lo pensó dos veces y corrió tanto como pudo.

Esa era su naturaleza. Era un híbrido, una mezcla entre un ser humano y un ancestro; por ende, eso lo convertía, a ojos ajenos, en un depredador humano, una abominación de la naturaleza, un ser que no debía existir.

Ser un híbrido te sentenciaba desde el momento en que ponías un pie en HybernalCity, la ciudad humana construida de las cenizas, un lugar prohibido para cualquier ser que no perteneciera a la especie por excelencia, donde asesinar sin piedad y derramar sangre de un inocente era siempre justificable si se trataba de un híbrido.

«La catarsis de la humanidad», así era como lo llamaban; dicho así no sonaba tan terrible, pero en realidad no era más que la persecución, el acecho, la tortura y el asesinato enjuiciado de los híbridos. Una purga disfrazada de catarsis.

Y él, Aiden, formaba parte de la especie que debía ser exterminada.

Capítulo 1

Los primeros rayos del amanecer comenzaron a colarse por la entrada de la profunda cueva escondida entre la maleza. La claridad era escasa y apenas lo alumbraba, pero su mísera presencia había logrado despertarlo. Las horas habían pasado largas y pesadas mientras permanecía escondido en aquella sombría madriguera lejos de su hogar, sometido a una oscuridad a la que ya estaba más que acostumbrado.

Se removió con pereza, haciendo honor a la particular parsimonia que siempre lo había caracterizado, aún con la cabeza enterrada entre sus brazos. Soltó un gemido adolorido ante los inclementes calambres que recorrían su musculatura agarrotada; su cuerpo todavía se resentía por la riña de la noche pasada y estaba seguro de que esa no sería la única consecuencia que notaría a lo largo del día.

La temperatura parecía aumentar a pasos agigantados en el exterior y convertía lo que había sido su cobijo durante la noche en un horno que le hacía entrar en combustión en cuestión de segundos.

Aiden se pasó las manos por su alborotado cabello pelirrojo, sopesando la posibilidad de salir a la superficie. Se encontraba exhausto, apenas había pegado ojo. ¿Cómo podría haberlo hecho después de lo ocurrido?

Aún no entendía cómo se había visto involucrado en una persecución a tal escala. Solía ser cuidadoso para ese tipo de cosas; siempre procuraba

no acercarse a HybernalCity cuando el sol todavía brillaba, mas el día anterior le había sido imposible esperar hasta el anochecer.

Se había encontrado desamparado, demasiado lejos del refugio al que solía acudir y sin provisiones. Llevaba más días de los que estaba dispuesto a admitir sin ingerir ningún tipo de alimento. Al verse en aquella situación, no le había quedado más remedio que adentrarse con sumo cuidado en la ciudad en busca de alguna tienda que estuviera lo suficientemente desprotegida y alejada del centro de la metrópolis como para que pudiera entrar sin llamar la atención y así robar algo con lo que pasar los próximos días.

En un principio, todo parecía ir sobre ruedas. Entró en la ciudad por las calles menos concurridas con la intención de pasar desapercibido. Sin embargo, era mucho más difícil de lo que podía parecer, pues sobrepasar la frontera que suponía el exterior e HybernalCity era como cruzar un campo de minas intentando que no estallaran.

¿Había dicho «algo más difícil»? No, algo no, casi imposible, sobre todo para un híbrido.

Los humanos vivían su día a día con aparente normalidad, pero les bastaba un movimiento en falso para lanzarse encima de cualquier individuo que se les hiciera sospechoso o que pudiera parecerles un híbrido tratando de infiltrarse.

Los híbridos eran fáciles de distinguir, a pesar de que eran bastante similares en la forma física; compartían casi toda la apariencia de un ser humano corriente, pero habían heredado algunos rasgos distintivos de los ancestros que impedían sobremanera que no llamaran la atención. Uno de los atributos más peculiares y llamativos eran sus ojos. Sus pupilas parecían estar eternamente contraídas; el iris era algo más grande de lo habitual y, en vez de ser circular, tenía pequeños e imperceptibles costados. Sin embargo, lo más destacable era su color; la tonalidad que podía abarcarlos era tan amplia que ocupaba toda la gama cromática.

En el caso de Aiden, sus ojos eran de un color dorado propio de los felinos que no lo ayudaba en lo más mínimo a pasar inadvertido. Por esa razón, la gran mayoría de híbridos optaba por colarse en la ciudad al caer la noche, aprovechando la oportunidad que les brindaban las sombras.

El día anterior había recorrido toda la parte norte de las afueras de HybernalCity cuando encontró el establecimiento idóneo, uno repleto de alimentos y con poca vigilancia. Entró con la mirada clavada en el suelo y la capucha negra que le cubría el rostro, mas el dependiente no reparó en su presencia, pues estaba absorto viendo el holograma frente a él. El joven pelirrojo, evitando tentar a la suerte —que, por lo general, no solía estar de su lado—, apresuró su marcha, cogió la comida justa y necesaria para luego ponerla en la mochila que había improvisado en el camino.

«El caos se ha sembrado en el centro de HybernalCity. —El tono alarmante que usó el presentador del noticiario hizo que Aiden se detuviera. Afinó el oído al percatarse de que el programa que el dependiente veía con anterioridad había sido sustituido por las noticias de última hora—. Así es, quince minutos atrás, nuestro equipo ha sido informado de un ataque terrorista en la ciudad. Ha ocurrido en la Plaza de los Cinco Pilares, cuando el Gobierno celebraba la reciente entrada al poder del presidente Lawson, uno de los oficiales del sector militar de La Cúpula.

»Todo apunta a que la ofensiva ha sido obra de los híbridos — comentó el reportero y Aiden miró de reojo el noticiario—.

Las autoridades requieren que los ciudadanos se refugien en sus respectivas casas o que acudan a un lugar seguro lo antes posible; todos los comercios tienen el deber de acoger a cualquier habitante humano en los próximos minutos. Después, es imperativo cerrar cualquier negocio.

»Procedan conforme al sistema de evacuación y mantengan la calma, La Cúpula está siendo advertida de lo ocurrido en estos momentos y la Brigada del Éter ya se ha desplegado por la ciudad —culminó. Aiden aún podía sentir el estremecimiento que le recorrió la espalda al escuchar

aquella última frase. La Brigada del Éter era un organismo de afiliación militar que perseguía, torturaba y eliminaba a los suyos.

Cuando abandonaron la Tierra, ya devastada debido a la guerra centenaria con los ancestros, él todavía era un crío y no tenía por qué esconderse. En aquel entonces, la humanidad no era consciente de que, entre ellos, había individuos híbridos —así llamaban a aquellos nacidos de un vientre humano fruto de la violación de un ancestro—, pero eso no tardó en cambiar.

Meses más tarde, al darse cuenta del error cometido, los humanos, con su recién formado gobierno, pusieron en vigencia la Ley de Protección Ciudadana que consistía en una purga legalizada contra la especie contraria, la suya. Un exterminio sin compasión que había sido aprobado por el cien por ciento de la población, legalizado por los altos cargos y llevado a cabo por las manos de quienes conformaban la Brigada.

Los recuerdos, que habían nublado de forma momentánea su realidad, entorpecieron sus movimientos y provocaron que golpeará sin querer uno de los estantes de la tienda en su intento desesperado por huir. Pudo escuchar cómo el dependiente le gritaba que fuera con cuidado, pero le dio igual. Las patrullas más letales se estaban extendiendo por la ciudad, lo cual lo metía en problemas —otra vez—. Tratar de ocultar sus ojos dejaba de ser una opción; no era la primera vez ni la última que chocaba con aquellos indeseables; lo tenían fichado desde niño y, ahora, tenía veinticuatro años. Debía salir de la ciudad de inmediato.

«Tendría que haberme quedado en el refugio...», pensó Aiden al recordar todo lo ocurrido la noche anterior.

Había sido cuestión de minutos que lo encontraran; por suerte, era rápido y escurridizo. En otras circunstancias les hubiera hecho frente, hubiera luchado, pero en ese momento no tenía ni la más mínima posibilidad contra una Brigada entera.

—Me pasa por confiado —se quejó saliendo por fin a la luz del día. Tuvo que pestañear varias veces hasta adaptarse a la cantidad de luz de la mañana. Le rugió el estómago; sumaban cuatro días sin comer después de que anoche perdiera su ración mientras huía.

Aiden observó consternado su apariencia. La ropa que llevaba le iba algunas tallas más grandes, estaba maltrecha y llena de agujeros, mas era el plasma lo que había acabado de estropearla. Los tejidos poseían el repugnante aroma a sangre reseca debido a la cantidad de veces que lo habían herido.

Miró a su alrededor, queriendo obviar el hecho de que debería volver a entrar en la ciudad próximamente para robar ropa nueva. En realidad, los bosques de Caelum no eran tan espantosos como le parecían anoche. El césped era abundante y de un verde llamativo, adornado con algunas exóticas flores silvestres. Podían encontrarse multitud de lagos y manantiales de piedra, aunque estos eran más difíciles de encontrar, pues estaban en los lugares más recónditos. Las ramas de los árboles ya no creaban sombras siniestras a su alrededor; por el contrario, eran poseedoras de fascinantes hojas de colores turquesas y ambarinos, siempre dependiendo del lugar en el que te encontrases.

En lo alto de un árbol pudo divisar algunos frutos; se encontraban en la cima y lucían apetitosos ante su estómago vacío. Si bien el bosque en el que residía parte de su especie era amplio, la cantidad de alimento que emergía era escaso y, en muchas ocasiones, letal para la ingestión.

Aiden se frotó las manos y se sacó la sudadera, por lo que quedó con una corta camiseta gris que dejaba entrever sus ejercitados brazos. Trepó con rapidez y sin cuidado, dejando que los manojos lo golpearan mientras recogía algunos y se los ponía en los bolsillos. Había tenido suerte esa vez. Llegó a una de las ramas más altas del árbol y la cruzó intentando mantener el equilibrio. Luego, se sentó en el borde para comer lo poco que había logrado recolectar.

Allí, bajo el cielo azul de la mañana —y sentado a más de ochenta metros de altura—, Aiden se permitió mirar al horizonte. Podía ver la ciudad

humana que se perdía en la lejanía. La verdad era que HybernalCity no destacaba por ser una metrópolis discreta, más bien todo lo contrario, era grande e incluso ostentosa. Los edificios que la constituían eran grandes rascacielos de metal que atravesaban las nubes y cuyas paredes, recubiertas por láminas oscuras, absorbían el calor con el objetivo de usarlo para el ciclo de retroalimentación que ayudaba a abastecer la ciudad con formas de energía limpia e íntegramente renovable. Las estructuras de los rascacielos parecían estar en una eterna competición por ver cuál era la más abstracta y difícil de clasificar. Puede que esa fuera una de las pocas cosas que le agradaban de la ciudad, respetaba las formas naturales de Caelum, su nuevo planeta. Los edificios y las plazas se habían construido de acuerdo con la naturaleza de la zona, que se complementaba a la perfección con las bases de las viviendas.

Dejó que la brisa meciera su cabello cobrizo, haciendo que brillara con la fuerza que tan solo el fuego poseía, y permitió que el viento le susurrara acontecimientos venideros y rumores lejanos. Debía volver al refugio antes de que oscureciera y, ya de paso, enterarse de quién había causado el altercado en el que se había visto enredado.

Desvió su mirada hacia la bóveda celeste de nuevo; debido a la atmósfera y a las condiciones de Caelum, podían divisarse a la perfección el resto de los satélites y planetas que orbitaban a su alrededor; era un paisaje hermoso, aunque inquietante. Te dejaba saber cuán pequeño eras en comparación a la grandeza que sumía el Universo.

Iba a bajar del árbol cuando un ruido llamó su atención y sus ojos dorados se movieron perspicaces hasta encontrar aquello que buscaba; de hecho, no era difícil de distinguir. Una nave de tamaño más que considerable sobrevolaba la ciudad y ponía rumbo más allá de donde alcanzaban las nubes. Subía a una de las lunas de Caelum, al satélite más cercano y rocoso, La Cúpula, el lugar donde permanecían las bases militares y científicas humanas, admiradas por la especie rival y temida por la suya.

Consecuencias, eso era lo que auguraba para los híbridos. Y para él.

Capítulo 2

¿En qué momento de su vida le pareció una buena idea coger un taxi por la vía pública? Lo único que Lynn sabía era que llevaba diez minutos en un atasco monumental y que no tenía más opción que dejar su culo sentado en la parte trasera de aquel taxi de mala muerte si quería llegar a una hora razonable al trabajo. Con «razonable» se refería a que el retraso en su entrada no se prolongara más de quince minutos, aunque dudaba de que esa franja de tiempo fuera bien aceptada por su superior.

—¿Puede ir más rápido? —inquirió de nuevo clavando sus grandes y grisáceos ojos en el conductor del automóvil. En esa ocasión, se trataba de un anticuado robot que, si bien actuaba, gesticulaba y compartía morfología con un androide, no podía clasificarse íntegramente como uno. Estos últimos tenían una apariencia tan similar a la de un humano común, que eran imposibles de diferenciar, mucho más capaces que los robots de antaño y, desde luego, más agradables de ver. Pero Lynn no había cogido un transporte de alta gama, así que era obvio que no iba a encontrarse con un androide.

—Disculpe, señorita Weaver, pero el tráfico no me permite ir a más velocidad —respondió el robot sin dejar de sujetar el volante. La joven lo estudió a través del retrovisor; su cuerpo era metálico y compacto; sus extremidades, alargadas y repletas de articulaciones; y su rostro, apenas un trozo de acero moldeado para darle una apariencia conocida.

Abandonó el detallado estudio acerca del, a su parecer, obsoleto conductor y dejó que sus ojos se perdieran en el exterior, más allá de la ventana. Era extraño, aunque esa vía pública solía sufrir más atascos —debido a que era la única ruta en la cual podían conducir los vehículos terrestres—, era la menos concurrida.

¿Por qué? Fácil, en días laborables todos optaban por la vía aérea, las autopistas inteligentes o los canales de alta velocidad; itinerarios no solo más rápidos, sino más cómodos, tranquilos y seguros.

—Llegaré tarde a trabajar —se quejó malhumorada. Bradley no iba a tomarse nada bien que volviera a entrar tarde.

—Le pasa por no controlar la hora ni mirar las noticias.

—¿Disculpa?

«Ahora resulta que hasta este aparatejo puede tomarme el pelo», pensó hundiéndose en su asiento y cruzándose de brazos.

—No necesita disculparse —dijo soltando una risa mecanizada que chirrió contra sus oídos—. No es su culpa, es su sistema nervioso que no ha reaccionado al sonido emitido por el despertador.

La mirada metálica del robot, que consistía en dos agujeros con un sensor visual, se encontró con los ojos enfurruñados de Lynn. La situación no podía resultarle más absurda.

—No me mire así, parece que quiere desintegrarme con la mirada y ambos sabemos que, siendo humana, usted no puede hacer eso.

—¿Tienes algún desajuste de tuercas o algo así? —preguntó la chica aún con los brazos cruzados bajo el pecho. ¡Era una simple marioneta animatrónica y se reía de ella! ¡De ella!

—Por supuesto que no —contestó mientras avanzaba unos pocos metros—. Solo acentúo los rasgos que son agradables para los seres humanos; para eso he sido programado.

—Como consejo, te diré que bajes tu nivel de ironía; no es precisamente agradable a primera hora de la mañana.

—¿Tan desagradable como preguntarle a una mujer por su peso? —dudó el robot pasándose una de sus manos por la barbilla—. ¿Peor que preguntarle por su edad cuando ya ha pasado los cuarenta?

Desde luego, los robots ya no eran como los de antes; casi los prefería cuando no hablaban y carecían de emociones. Exasperada, miró el dispositivo dorado que le envolvía la muñeca; un reloj que hacía todas las funciones necesarias, incluso detectar el nivel de azúcar en sangre, la presión arterial o el estado anímico del sujeto que lo llevaba.

El reloj marcaba las nueve y cuarto, es decir, llegaba tarde. De nuevo. Hacía veinte minutos que debería estar en su puesto y, a ese paso, llegaría cuando su jornada acabase. Asumió que, por muchas excusas que lograra inventar, de esa no iba a librarse de manera tan fácil, así que recogió su oscuro cabello en una coleta y pronunció:

—Llamar a Matt. —A continuación, un «marcando número» resonó en el interior del vehículo. Lynn posó su dedo sobre la pantalla para desplegar el holograma y ampliarlo al máximo.

—¡Qué voz tan lasciva! —rio el androide mientras el dispositivo dejaba sonar los pitidos de la llamada en espera, y ella le lanzó una mala mirada para hacerlo callar—. No me refería a usted, sino al sensual HG Pro que lleva en la muñeca.

—¡Oh, cállate! —clamó con desespero, negando con la cabeza. Entonces, su amigo apareció al otro lado de la pantalla—. ¡Matt!

—¿Dónde se supone que estás? ¿Acaso sabes qué hora es? —le contestó al otro lado de la línea.

—Lo sé, pero estoy en medio de un atasco; llegaré tarde a trabajar. ¿Puedes cubrirme?

—Sabes que lo haría encantado, pero será imposible. Dion ya está formando filas para la celebración.

—¿Celebración? —Sus cejas se alzaron con ingenuidad— ¿De qué hablas?

—El ascenso del presidente Lawson al Gobierno. ¿Acaso no viste las noticias anoche? —dijo Matthew regañándola.

«¿Que si las había visto? ¡Pues claro que no, estaba agotada!»

—Eso mismo me pregunté yo —intervino el robot con descaro.

—No, no vi las noticias. Lo extraño es que tú las vieras, ¿no duermes o qué? —suspiró nerviosa—. Me dormí tan pronto puse un pie en casa.

—Eso ya no importa. Ven rápido, todos los miembros de la Brigada hemos de estar presentes en la celebración. No puedo cubrirte más de cinco minutos. —Matt miró a su alrededor, llevaba el vestuario típico de la Brigada: pantalones y camiseta de color oscuro, botas militares y chaqueta con estampado de camuflaje de color azul; podían divisarse varias medallas y el logo de la Brigada del Éter—. Ven tan rápido como puedas.

—Está bien —resopló cuando la transmisión se cortó y un nudo de ansiedad se había instaurado en su garganta. No, no podía ser que se le hubiera pasado algo así, no cuando lo llevaban anunciando desde hacía semanas, no cuando era el tema de conversación más común después de las elecciones—. Déjame aquí, seguiré a pie.

El conductor asintió y sacó la tableta electrónica con el importe a pagar que, si bien no era alto, le molestó tener que abonar después de su ineficacia. Acto seguido, Lynn acercó su pulgar y lo posó en la pantalla

táctil, y dos segundos después, un sonido anunció que la transacción se había llevado a cabo correctamente.

—Listo. Ha sido un placer, señorita Weaver.

—Lo mismo digo... tú —añadió con sarcasmo mientras la puerta del vehículo se abría para cederle la salida.

—Mi nombre es Norton; los androides también temen su identidad.

—La próxima vez que vayas al mecánico, avísale para que retoque tus niveles de ironía —se despidió—. Ten un buen día, Norton.

Salió del coche con un pequeño salto, pues sobrevolaba la autovía. Su esbelto cuerpo le permitió escabullirse entre los coches hasta llegar a la acera, donde se apresuró a recorrer el trecho de ciudad que le quedaba —trataba de no chocarse con nadie, aunque dado que la mayor parte de la población se encontraba en el mismo lugar que ella, se hacía difícil— hasta llegar a la Brigada.

Los enormes rascacielos de última generación se erguían esplendorosos; sus cristales reflejaban con claridad el azul del cielo, mas eso no la alejaba en lo más mínimo de la cantidad devastadora de gente entre la que se encontraba. El calor del Verano parecía multiplicarse por cien en el núcleo de HybernalCity o, al menos, esa era su sensación. Sin contar con la cantidad de ruido que emitía el tráfico, era sofocante.

«Mucha gente, poco oxígeno», ese era su lema.

—¡Id con cuidado! —vociferó con molestia cuando unos prepúberes pasaron a escasos centímetros de su cabeza con las famosas tablas que anunciaban en la televisión; no entendía cómo la ley permitía que volaran a tan poca altura. Le pareció oír salir un «vieja senil» de la boca de uno de los intrépidos jóvenes y, aunque apenas tenía veintidós años, no pudo evitar llevarse las manos al rostro para comprobar que su juventud no se había desvanecido.

Pocos minutos después se encontraba en una plaza de pavimento vallada con un puesto de vigilancia armada que la controlaba. Se dirigió

hacia ahí, entregó su identificación como miembro de la organización y, después de corroborarla, le dieron paso.

Caminó aprisa hasta el edificio acristalado, notando que la coleta se escurría de su finísimo cabello, y entró en el ascensor. No se trataba de uno cualquiera; este en concreto recorría los doscientos pisos del lugar en menos de treinta segundos; el lapso ideal en un lugar como aquel en el que, si debían defenderse de un ataque híbrido, lo más importante que debían preservar era el tiempo.

—Agente Weaver, llega tarde —la abordó una voz masculina tan pronto dio un paso hacia el largo pasillo de la quincuagésima planta. Bradley era un tipo alto y musculoso, amenazante en apariencia y en actitud—. Otra vez.

—Comandante Bradley —lo saludó con determinación sin despegar sus ojos grises de los castaños de él. Era bien sabido que no era alguien a quien pudieran mostrar debilidades, pues de hacerlo las usaba en tu contra—. Tuve algunos contratiempos mientras llegaba, mis disculpas.

—Trabajar para la Brigada exige poseer ciertas actitudes y, una de ellas, es la puntualidad —le recordó con el ceño fruncido y la expresión endurecida.

—Lo sé y lo lamen...

—Comandante Bradley —apareció Matthew, acercándose hasta donde se encontraban—. Discúlpela, ha sido una confusión —mintió—. Le dije que fuera a tantear la zona donde se llevará a cabo la celebración.

El hombre los miró sopesando cada una de sus palabras y, entonces, después de rumiar su respuesta, contestó:

—A sus puestos, ambos. La Brigada debe salir cuanto antes —declaró observándolos con firmeza, mientras mantenía su mandíbula apretada—. Ah, y... agente Weaver, no vuelva a llegar tarde. Recuerde que usted está bajo mi mandato; un percance más y me ocuparé de que esté fuera de esta organización.

Lynn se quedó estática en su posición, viendo cómo ese enorme e intimidante hombre avanzaba por el pasillo dando grandes zancadas y provocando que todo el personal diera un paso atrás con miedo de ser su próxima víctima.

—Intenté cubrirte —se justificó Matt, dedicándole una cálida y reconfortante sonrisa.

No podía ni iba a retraerle nada, ya hacía suficiente por ella cada vez que llegaba tarde, que últimamente era bastante seguido, por desgracia; así que le dio algunas palmadas en la espalda y le agradeció lo que había hecho por ella, cuando no muchos osaban enfrentarse al comandante.

—Todos los hemisferios están bajo control; si veis algún movimiento sospechoso, seguid el procedimiento oficial —aseguró Dion— y recordad, en cualquier caso, la patrulla local se encargará de evacuar a la población. No paséis nada por alto, cambio y corto.

Cuando Lynn volvió a mirar las cercanías, la multitud doblaba su anterior cantidad y ocupaba el lugar hasta los confines más allá de su vista. Era prácticamente imposible detectar la presencia de algún híbrido entre tantísimo gentío; no disponían de efectivos suficientes para procurar la seguridad de un recinto tan grande.

La Plaza de los Cinco Pilares era un punto emblemático de la ciudad, el más concurrido e importante de todos, perfecto para cubrir actos como aquel, pero también ideal para sufrir un nuevo atentado.

El sitio era circular y estaba abierto en su totalidad, lo que dejaba que el aire fluyera sin obstáculos; los suelos presumían un color plomo impecable que relucía bajo los pies de los presentes; varios galardones de

valor incalculable decoraban cada esquina, pero eran las cinco grandes y blanquísimas columnas que precedían a los cinco edificios lo que acaparaba toda la atención; una por cada pilar que sustentaba la sociedad. Aquella plaza era, literalmente, el corazón de HybernalCity.

Lynn observó la esfera que se mantenía inmóvil en el centro del lugar, a varios metros del suelo; ahí permanecían los miembros del Gobierno junto al resto de los organismos, todos a salvo de cualquier peligro que pudiera amenazar al resto de la población. A lo lejos, pudo divisar al comandante Bradley, que patrullaba sin despegar sus sombríos ojos castaños de los altos cargos. Su ceño, que ya solía estar fruncido, lo estaba todavía más de lo habitual y no le ayudaba a transmitir una sensación agradable de su persona, ni siquiera su cabello dorado como el de los ángeles podía endulzar aquella apariencia amenazante, aunque, pensándolo bien, el que midiera casi dos metros y fuera puro músculo, tampoco hacía que luciera menos terrorífico.

Por extraño que pudiera parecer, el silencio más sepulcral reinaba entre la muchedumbre, lo que le permitía percibir la insólita mezcla de emociones que albergaba la plaza: el entusiasmo efervescente que provocaba el inicio del acontecimiento y la inquietud más intensa generada por el temor. Después de que el día anterior un grupo de híbridos atacara la celebración gubernamental, ¿cómo creían que iba a estar la población? Aterrada, evidentemente. De hecho, le parecía apresurado que el evento se celebrara tan pronto, más sabiendo la cantidad de bajas que habían tenido hacía solo algunas horas. Aún así, ahí estaban, todos callados esperando la aparición de sus gobernantes y protegidos por la Brigada, incluida ella. No podían permitirse otro fallo.

—Bienvenidos un año más al vigésimo aniversario del Segundo Génesis —habló uno de los miembros del consejo. Su apariencia era refinada; al igual que su vestimenta, denotaba que pertenecía a uno de los grupos selectos de la sociedad—. Veinte años han pasado desde que la humanidad repudió la esclavitud a la cual había sido sometida durante medio siglo. Veinte años que nos han otorgado sabiduría y progresos,

pero que sobre todo han dado paso a la libertad que durante tanto tiempo nos fue negada.

»Huimos de la Tierra y nos sentimos cobardes por abandonar el que un día fuere nuestro hogar, cobardes por escondernos en otra galaxia, en un nuevo sistema solar, dentro de un planeta remoto. Sin embargo, dos décadas después de nuestra llegada a Caelum, solo puedo sentir orgullo y honra por la nueva humanidad —suspiró—.

»Hoy podemos comprobar que la decisión que tomamos fue la correcta. Mirad a vuestro alrededor, un mero vistazo es suficiente para darse cuenta; una esplendorosa ciudad que se alza dichosa, hecha a base de un esfuerzo del que todos somos partícipes. Una metrópolis como no existe otra, única en su especie y construida evitando los errores que, una vez, nosotros mismos cometimos —declaró y, automáticamente, el lugar estalló en aplausos ensordecedores.

»Y es por ello por lo que hoy nos encontramos aquí reunidos, en La Plaza de los Cinco Pilares. Fueron cinco fundamentos los que nos trajeron hasta HybernalCity y siguen siendo esos mismos cinco los que nos permiten estar en pie todavía.

»El primer pilar constituyó el sector social, la representación ciudadana; el segundo, el legislativo, con el cual mantuvimos las leyes elaboradas por los más justos de entre todos nosotros; el tercer y el cuarto pilares, la base científica y la defensa militar, que trabajaron codo con codo en La Cúpula para mantener el desarrollo tecnológico, médico y la defensa de la nueva humanidad; y, por último, el quinto pilar, formado por el Gobierno Central, políticos y economistas que rigen la vida y el funcionamiento de este maravilloso planeta. Los Cinco Pilares se coordinan y cooperan entre sí —finalizó señalando la estatua que se encontraba frente a ellos, de piedra y cuyas dimensiones eran más que considerables. En ella se veían las cinco grandes columnas de la plaza que representaban los pilares y, encima, yacía un planeta sujeto por varias manos—. Demos una cálida bienvenida al nuevo líder del Gobierno, ¡el

presidente Lawson! —exclamó provocando que la multitud ardiera en euforia.

—En primer lugar, daros las gracias a todos por premiarme con vuestra presencia —dijo el presidente Lawson una vez ya subido al podio. Su imagen impactó al instante: era alto y de tez pálida, llevaba el cabello castaño peinado hacia atrás, como si se tratara del duque más adinerado y excéntrico. El traje de gala que vestía, aun hecho a medida, denotaba su hercúleo cuerpo con cada mínimo movimiento; parecía que sus bíceps fueran a romper el tejido en cualquier momento—. Algunos ya sabréis quién soy, para otros seré un completo desconocido; si embargo, llevo más tiempo entre vosotros de lo que podáis llegar a imaginar. —Sus ojos azules divagaron entre el gentío que lo miraba absorto.

»Soy Mark Lawson y, como muchos de los aquí presentes, nací en la Tierra y participé en la Guerra de Perduración, tal vez junto a vuestros padres, hermanos o hijos. Soy un superviviente a la masacre de los ancestros, como todos ustedes, y vivo con el recuerdo de aquellos que no corrieron la misma suerte que yo y perecieron en batalla, y de los que no tuvieron la oportunidad de lucharla —se aclaró la garganta y aflojó la corbata antes de continuar—. Recuerdo el hambre, la sed y el hedor de la muerte que se acercaba a mí cuando estaba consciente y cuando mi cuerpo se rendía al sueño. Recuerdo a los valientes que se alzaron a batallar cuando ya nadie más podía, para acabar con lo que un día empezaron los ancestros.

»Recuerdo a la perfección lo que dejamos atrás cuando abordamos las primeras naves en dirección a Caelum, presos por el miedo y dispuestos a ir a algún lugar mejor. —Cogió aire, como si le faltara—. Fueron más de tres generaciones devastadas, más de dos continentes desolados y sin vida, pero un único planeta, el nuestro, destrozado, estéril e intoxicado.

»Sin embargo, no recuerdo con amargura aquellos momentos, pues fue entonces cuando decidí que quería ser como aquellos heroicos

combatientes. Por ello, al llegar a Caelum, fui el primero en alistarme a las fuerzas militares de La Cúpula, aún solo con dieciséis años. —Se detuvo unos instantes, esperando a que las aclamaciones cesaran—. Veinte años después, estamos todos aquí, ante una nueva humanidad por la que decidimos apostar y que sigue con un destino incierto. Y me siento dichoso de ser el elegido para dirigirla en este todavía largo camino que nos queda por recorrer, así que doy las gracias a todos aquellos que me habéis apoyado en estas nuevas elecciones.

—El pueblo ha hablado y ha elegido al candidato perfecto para preservar el Gobierno —comentó uno de los senadores—. El señor Lawson presenta dos de nuestros pilares: la fuerza, destreza y lealtad que exige ser parte de La Cúpula y la sabiduría, firmeza y justicia que representa gobernar. Le deseamos que su presidencia sea tan formidable como lo fue su propuesta electoral —dijo dando paso al ya nuevo presidente.

—Mis propuestas electorales siguen el hilo que los anteriores presidentes han tejido: un gobierno democrático, con los cinco pilares que trabajan por un bien común. Las nuevas leyes de protección ciudadana ya han sido redactadas y aprobadas por el Consejo; procederemos a incorporarlas lo antes posible para la comodidad de todos. En cuanto a educación y sector laboral se refiere, aunque esto ha causado mucha polémica, seguiremos aplicando el Bien por Optimización. Sé que muchos de los votantes apoyaban que se aboliera parte de los estudios genéticos e intelectuales, pero mi postura seguirá siendo exactamente la misma que mostré durante los debates de elección. Tanto mi partido como yo consideramos que es la mejor de las opciones, y a las pruebas me remito cuando digo que nos han permitido organizarnos y hacer un mejor uso de lo que cada uno puede ofrecer de forma individual a nuestra sociedad colectiva.

«Cada uno en su cuadrado, como siempre», pensó Lynn.

Ella tenía once años cuando se las realizaron, aún recordaba el agotamiento que le supuso; tardó semanas en recuperarse.

La Ley de Bien por Optimización asignaba a cada persona a un sector después de haberse sometido a las famosas pruebas. En la nueva humanidad no importaban los deseos o inclinaciones, solo se hacía aquello que La Cúpula y el Gobierno creyeran que estabas preparado para hacer.

—Comprendemos el pánico y la opresión que causa la peligrosa presencia de los híbridos —dijo con hastío el presidente Lawson. Sus ojos se oscurecieron al nombrarlos y su mirada se ofuscó—. Somos conscientes de que nuestros ciudadanos no pueden descansar plácidamente, pues el temor a ser atacados en cualquier momento incrementa con el paso del tiempo, como fue el caso del atentado sucedido ayer al atardecer en este mismo lugar. La aún presente existencia de estos repugnantes neófitos es imperdonable; por ello el principal objetivo de mi campaña es el incremento de la defensa en HybernalCity; la purga de híbridos será retomada con más fuerza por parte de la Brigada del Éter, a quien agradecemos sus esfuerzos por mantenernos fuera de peligro y preservar la paz en la ciudad.

»Así pues, y con la razón de mantener la seguridad bajo control, se efectuará un toque de queda tan pronto como el nuevo Gobierno ingrese en el Parlamento.

Capítulo 3

No sabía cuántas horas llevaba allí encerrado. Los pequeños armarios de la cocina no eran el mejor escondite que podría haber elegido, mas era el único seguro, o eso decía su madre. Su diminuto cuerpo de infante comenzaba a contracturarse por la incómoda postura en la que se encontraba y la cabeza empezaba a dolerle.

Odiaba cuando alguien venía de visita a casa para hablar con su madre, pues entonces debía esconderse y permanecer en completo sigilo. Y solo Dios sabía que él y el silencio no eran buenos amigos.

—¿Has oído lo que dicen por las noticias, Mare? —preguntó una de las fastidiosas vecinas del replano. Aiden podía verla en el marco de la puerta de entrada, hablando con su madre, desde una de las aberturas del armario—. El Gobierno ya ha puesto en marcha la orden de registro para los ciudadanos; también se han comenzado a reclutar miembros para la Brigada.

—Sí, lo sé, no paran de repetirlo por los medios.

—Ya era hora de que lo hicieran, no podemos quedarnos así.

—Vio que la visitante se quejaba. Iba arropada con varios fulares de lana; sus manos escuálidas se cogían al tejido como si quisieran volver a tejerlo; parecía una bruja de las que aparecían en los cuentos que mamá le explicaba.

Aiden deseaba con todas sus fuerzas que la insoportable señora Hunffrey se marchara y, ya de paso, que se llevara el olor a rancio que desprendía su perfume. El niño cerró los ojos unos segundos, reprimiendo una pataleta dentro del armario; quería moverse y jugar con los muñecos

que había fabricado con las ramas, piedras y materiales que su madre le había traído el día anterior.

—¡Es un suplicio! No puedo dormir pensando en que esos híbridos — Aiden escuchó los sonoros lamentos de la mujer, pudo ver, a lo lejos, cómo su mamá se colocaba uno de sus mechones pelirrojos detrás de la oreja, le temblaba la mano al hacerlo— están campando a sus anchas por la ciudad. Y lo que es peor, ¡algunos son refugiados!

¡Son unas bestias a pesar de que sean fruto de un vientre humano! Aiden intentó encajar su minúsculo cuerpo entre las paredes de acero del armario, incluso le empezaba a costar respirar con normalidad. Detestaba tener que esconderse, sobre todo no entendía por qué debía hacerlo. Prefería cuando los dos vivían en el anterior planeta; allí su madre y él se pasaban el día en casa. Tal vez esa casa no fuera como la que tenía ahora; había apenas paredes, pues estaban derruidas, el suelo no era de cerámica, sino de pasto y no tenía puertas ni tejado, usaban maderas. Tal vez no hubiera juguetes, tampoco luz, mucho menos agua y comida. Era verdad, allí debían estar escondidos, porque la Tierra estaba en guerra, pero al menos su mamá no lo apartaba y podía pasar tiempo junto a ella.

—Por cierto... ¿Cómo está Aiden? —escuchó que la señora Hunffrey volvía a hablar—. ¿Todavía está en el hospital?

—Sí, todavía —afirmó su madre—. No creo que lo dejen salir tan fácilmente; sus pulmones están muy desgastados.

—Ya veo. —La mueca que se dibujó en su rostro, tan hosca y antiestética le provocó temor—. Espero que se mejore.

Estaba adormilado cuando un ruido lo sobresaltó, haciendo que diera un golpe a una de las paredes de su escondite.

—¿Qué ha sido eso, Mare?

—Nada, puede que los constructores o los vecinos de arriba — mintió su madre.

—Sí, debe ser eso —inquirió aterrada. Sus lúgubres ojos oscuros llenos de bolsas, que indicaban su falta de sueño, se clavaron en el pequeño armario en el que se encontraba Aiden—. De todas formas, deberías pedir vigilancia; estás muy sola en esta casa, ¡desprotegida! —gritó histérica—. Ya sabes lo que dicen; esos monstruos son rápidos, fuertes, ágiles... Podrían escalar hasta aquí si se lo propusieran.

Quién sabe cuál sea su próximo movimiento, Mare. Son despiadados y sanguinarios —le recordó.

Aiden se encontraba con una de sus manos tapándose la boca para hacer el menor ruido posible. Su madre le había dejado muy claro que debía pasar desapercibido, que era muy importante no llamar la atención y más cuando había gente desconocida a su alrededor.

Entonces, oyó cómo la puerta de su casa se cerraba para dejar en el exterior a la entrometida vecina. La puerta tras la que se encontraba vibró al ser golpeada de una forma leve, luego se abrió, permitiéndole ver el rostro pecoso de su madre. El pequeño la miró con una sonrisa que denotaba culpabilidad, había hecho más ruido del que debía.

—¿Ya puedo salir?

—Sí, ya puedes salir, Aiden —respondió Mare cogiéndolo en brazos hasta dejarlo en el suelo.

La mujer, que apenas debía tener unos treinta y pocos, lucía cansada y consumida por la preocupación. Su rostro, aunque bello, estaba deteriorado y poseía oscuras ojeras. Observó la cabellera alborotada de su hijo, estaba cabizbajo y miraba sus zapatos con preocupación.

—¿Qué pasa? —dijo agachándose para quedar a su altura.

El niño la miró de frente, a veces se preguntaba por qué lo escondía del resto, por qué nadie debía verlo. Su madre pensaba que no se daba cuenta de que era diferente, pero se equivocaba; Aiden era

completamente consciente de que podía hacer cosas que el resto de las personas no podía hacer, ni siquiera ella.

Observó sus ojos, ella los tenía de un color marrón avellane muy... natural, muy distinto al suyo, ¿por qué?

—Mamá... —Su voz sonó quebrada y trémula al mismo tiempo, como si fuera a romperse—. ¿Por qué le has dicho a la señora Hunffrey que estoy en el hospital? Nunca he estado en el hospital, ¿verdad?

Mare negó con la cabeza y escondió por un momento el rostro entre sus manos; cuando las apartó, sus ojos estaban vidriosos y retenían lágrimas.

—La señora Hunffrey quería que fueras a jugar con sus hijos —mintió—, pero son mayores que tú y son muy brutos. No quiero que vayas con ellos, podrían hacerte daño y mamá no quiere eso.

«Pero si no puedo hacerme daño», se dijo de forma interna el pequeño. Incluso cuando una vez un cristal le había atravesado la mano, en cuestión de minutos, la terrible herida había desaparecido.

—Ya... —asintió Aiden como si, ahora, todo tuviera sentido, aunque en realidad no era más que un amago por complacer a su joven madre—. Tom y Sarah no me caen bien —aseguró intentando tranquilizarla.

—Exacto. ¿Por qué no vas a jugar? —preguntó esforzándose para que no se le escaparan las lágrimas y el pequeño, sin intención alguna de contradecirla, le sonrió—. Te quiero, Aiden.

Una alzada voz lo sacó de su estado de ensoñación.

—¡Aiden! —Los gritos de alguien que lo llamaba desde el exterior lo sacaron de inmediato de su estado de ensoñación. El joven, que apenas comenzaba a recuperarse de lo ocurrido días atrás, se incorporó soltando un suspiro, luego se puso la sucia ropa que descansaba sobre el suelo.

Aquel habitáculo, al que solía llamar «hogar», era tan insípido como una sopa de babas, por completo blanco y con unos pocos muebles estropeados del mismo color incrustados al suelo. La carencia de expresividad era lo que más destacaba de su habitación en el refugio; tan limpia y pulcra que parecía que jamás hubiera estado allí.

—¿Te he despertado?

—¿Tú qué crees? —contestó Aiden con sarcasmo mientras abría la puerta. El rumor de un alboroto en crecimiento llegó a sus oídos desde las profundidades del pasillo—. ¿A qué viene tanto jaleo?

—El refugio está revuelto esta mañana —contestó Noah encogiéndose de hombros y siguiendo a su amigo, que ya se encontraba saliendo al pasillo en busca de respuestas.

Aiden examinó ambos lados del corredero, despejados por completo, e insatisfecho por la falta de información, emprendió su camino hacia la zona común a grandes y rápidas zancadas. El refugio era un complejo vasto cuya función principal era la de, como bien indicaba su nombre, refugiar a aquellos híbridos que lo encontraran de las manos humanas. El noventa por ciento de su extensión estaba ocupada por habitaciones pequeñas —con algún que otro mueble construido a base de madera y, si tenías mucha, muchísima suerte, un colchón en el que descansar— y algún que otro «baño»; el diez por ciento restante correspondía a la zona común, las salas de provisiones —que muchas veces se encontraban vacías— y una planta baja a la que no muchos tenían el placer de poder acceder.

Se dirigió al salón y allí encontró a la mayor parte de híbridos que habitaban el refugio hablando a voces entre ellos y discutiendo. Sin dudar, se acercó a un grupo que, si bien no conocía ampliamente, sí le resultaba de confianza.

—Eirian —saludó Aiden en voz baja. Se trataba de uno de los líderes híbridos del lugar, el más pacífico, en realidad—. ¿Qué está pasando?

—Han ido en busca de la Brigada —respondió clavando sus exóticos ojos platinados en él; eran fosforescentes—. Al parecer planeaban un ataque.

—¿Quiénes? —preguntó a pesar de poder anticipar su respuesta. Tan solo había un grupo de híbridos capaz de ir a buscarle las cosquillas al organismo militar.

—Mael y los suyos, evidentemente.

Aiden resopló al oírlo, debería haberlo imaginado cuando se vio envuelto en aquella persecución; ¿quién si no era capaz de provocar un desastre de tal magnitud?

Los de su especie sabían luchar, pues les era necesario para sobrevivir dentro de Caelum desde que eran niños; sin embargo, no todos tomaban de la misma manera ser perseguidos de forma constante por los humanos.

Una gran parte salía por los bosques y se infiltraba en la ciudad para recolectar todos los recursos posibles, sabiendo que existía la posibilidad —para nada remota— de que los cazaran, así que estaban preparados para luchar, matar o, por el contrario, huir.

Unos pocos temían tanto exponerse a la luz del día que se enclaustraban en el refugio o en el lugar en el que se encontraran en el momento, por lo que resultaban muertos en muchos casos por la inanición. Por suerte, el número de híbridos que hacía esto era ínfimo, pues todos sabían que era esencial—si no obligatorio— exponerse para encontrar algo que comer.

—Mierda —gruñó Aiden—. ¿Dos días seguidos, de verdad? ¡Conseguirán que nos encuentren!

—Créeme que si hubiera estado al tanto de que esto iba a suceder, no habrían puesto un pie fuera del refugio —aclaró Eirian.

—¿Nadie ha intentado detenerlos?

—¿Quién, Aiden? Quienes no siguen a Mael le temen tanto que no son capaces de venir y decirme lo que ha pasado.

Ese era el último grupo, ni tan pequeño como el anterior, ni tan numeroso como el primero, pero que cada día sumaba miembros. Se trataba de aquellos que se rebelaban y plantaban cara a los humanos, hartos de esconderse cual animal atemorizados. Se paseaban a cualquier hora por Caelum, incluso entraban a HybernalCity dispuestos a causar estragos e, incluso, atentar, como había sido el caso días antes.

Tenía dos vertientes muy claras: La primera, liderada por Eirian, buscaba la libertad de los híbridos y, evidentemente, la lucha contra el ser humano, pero mucho más sosegada y calculada, menos violenta y más apalabrada. La segunda la lideraba Mael y distaba mucho de parecerse a la anterior; su discurso era implacable y feroz, quería erradicar de la faz del planeta a los humanos por todo lo que les habían hecho y, aunque razón no le faltaba, sus métodos impulsivos —aunque efectivos para conseguir resultados rápidos— provocaban pérdidas innumerables y desastres a largo plazo. Mael era temido y respetado por partes iguales; intimidante hasta la saciedad y grande en muchos aspectos, ningún híbrido allí dentro estaba dispuesto a hacerle frente, así que hacía lo que quería. No tenía control ni necesitaba que lo aprobasen, lo hacía.

Así, por suerte o por desgracia, cada día había más híbridos que se unían a las Fuerzas Híbridas creadas por Mael, radicalizados y cegados por el odio que su mismo líder incentivaba.

—Noah —lo llamó Aiden mirando a su alrededor—. ¿Has visto a Gabir esta mañana?

—Desde ayer por la noche no he sabido nada de él —negó con la cabeza el joven rubio—. ¿Por qué?

—Nada —respondió con seriedad—. Nos vamos.

Veinte minutos después y a varios kilómetros de distancia, Aiden tan solo podía rezar para que su amigo no se hubiera metido en algún

lío de nuevo, mas su instinto —sumado a que lo conocía desde que era un niño— le indicaba que era justo por eso que no aparecía en el refugio.

Tenía un mal presentimiento, uno de aquellos que venían acompañados de un escalofrío que curvaba tu espina dorsal y te ponía el vello de punta. No quería ni planteárselo, pero la realidad era tan evidente... Mael y su grupo no estaban y Gabir no aparecía por ningún lugar. Eso le daba dos posibles respuestas; la primera y más obvia era que se había ido con ellos como tantas veces le había oído decir y la segunda, que se había vuelto un *crack* en el juego de las escondidas en su ausencia.

Soltó un soplido y, acto seguido, elevó su mirada al cielo.

El sol brillaba en lo alto del cielo, no había ni una sola nube que empañara la vista del firmamento, tanto así que podían distinguirse algunos de los planetas que orbitaban en el sistema.

Sus ojos dorados divagaron por el húmedo y frondoso césped hasta clavarse en unas desdibujadas huellas sobre el pasto.

—¿Aiden? —preguntó Noah—. ¿Has encontrado algo?

Asintió levemente. Una de sus pálidas manos tocó la huella impregnada en la tierra, tratando de percibir algo, pero nada le llegó. Sus ojos se movieron perspicaces para analizar su entorno hasta localizar una pequeña piedra que parecía haber sido golpeada y, *a posteriori*, pisada. La rozó con la yema de los dedos y le dio un par de vueltas sobre su eje. Luego dejó caer sus párpados y se quedó a oscuras, concentrándose.

Una corriente eléctrica recorrió todas sus terminaciones nerviosas hasta acabar focalizándose en las palmas de sus manos. Al instante, empezaron a llegarle sensaciones y decenas de representaciones acerca del pequeño objeto que había encontrado. Al principio resultaron difusas, carecían de sentido o significado real, pero estaba en su poder interpretarlas. Descartó todas aquellas imágenes que provenían de tiempos pasados de lo que había experimentado aquella pequeña roca: desde el momento en que se formó, cómo se había sedimentado en el

curso de un río acaudalado hasta llegar a tierra firme. Si se lo propusiese, sería capaz de obtener información de todas aquellas personas que habían rozado alguna vez aquel objeto; sin embargo, desechó ese camino de inmediato; no era lo que le interesaba ahora.

Empezó a adquirir velocidad mental, buscando entre millones de imágenes una que le mostrara lo que necesitaba. Unos segundos después, esa representación estaba ante él. Entonces, como si se proyectara una película dentro de su cabeza, vio que todo empezaba a moverse. Pudo contemplar que un grupo de híbridos liderados por Mael corría por ese mismo bosque. Por suerte, uno de ellos había pisado la piedra que ahora tenía entre sus manos y, gracias a ese pequeño e imperceptible contacto, podría rastrearlos.

Las armas que utilizaba la Brigada eran en extremo peligrosas: drones de ataque que lanzaban contenido radioactivo, pequeñas bombas de humo con químicos suficientes como para corroer la piel expuesta a su entorno e incluso órganos en el caso de exhalar su vapor; fornituras militares y equipamiento blando, pero letal. Todo aquello estaba fuera del alcance de un híbrido, mucho más lejos de lo que podrían llegar a imaginar. Mientras los humanos poseían armamento suficiente para defenderse, ellos tan solo se tenían a sí mismos y, aunque su cuerpo era cien veces más resistente y fuerte que el de un humano, les faltaban efectivos para hacerles frente.

No tuvo tiempo para saltar lo más alto que podía; sin embargo, fue suficiente para esquivar los disparos. Caía abruptamente al suelo cuando uno de los humanos lo golpeó con fuerza con el mango de la ametralladora.

—Sí, eran un grupo de trece híbridos, pero nos hemos deshecho de dos y tenemos a uno retenido; ahora procederemos a eliminarlo — anunció por el transmisor el humano vestido de camuflaje, luego miró con asco a Gabir, que bufó con desgana.

Dos de los híbridos que habían venido con él permanecían inertes en el suelo, llenos de sangre y con algunas partes del cuerpo casi derretidas. El resto del grupo había desaparecido de un momento a otro y se había quedado solo ante el peligro.

La prueba de iniciación que Mael les había impuesto era ni más ni menos que ir a buscar las cosquillas a tantos miembros de la Brigada como pudieran y, aunque las anteriores veces había salido victorioso, en esta ocasión parecía que no iba a superarla.

Sus ojos violetas se clavaron en el humano que hablaba por el neurotransmisor, tenía una de sus piernas encima de su pecho, que lo presionaba para que no se moviera. Aunque igual no podría hacerlo, lo habían paralizado dentro de un campo magnético y, luego, había sido muy difícil esquivar el resto de los ataques.

—Nuestro pelotón ha tenido cinco pérdidas, comandante Bradley — dijo el humano algo nervioso, lo podía percibir en su voz.

—¿Cinco pérdidas?! —se escuchó que gritaba el comandante a través del dispositivo. Los dos humanos que quedaban vivos, se miraron con seriedad—. *Ugh...* ¿Alguno de los híbridos está en el registro?

—Adam, analiza las imágenes que han tomado los drones; necesitamos ver si coincide alguno con el registro —advirtió el humano mientras preparaba su arma para matar al híbrido bajo sus pies—. ¿Adam? —Ante la ausencia de respuesta, se volteó—.

¡¿Adam?! —gritó al ver a su compañero en el suelo, sin vida.

—¿Qué ocurre, agente Thomson?!

El humano miró hacia todos los lados, intentando ver de dónde procedía el peligro que, al parecer, había acabado con el último de sus compañeros. Una rápida y helada ráfaga de viento lo alertó de que su oponente estaba frente a él, pero ya era demasiado tarde.

—¿Agente Thomson?! No os mováis de allí, tenemos vuestra ubicación, vendremos con refuerzos e iremos a buscar al resto— exigió Bradley antes de cortar la transmisión—. Estos neófitos hijos de puta.

Los ojos oscuros del agente de la Brigada se apagaron y perdieron todo fulgor de vida; había sido un golpe rígido en la nuca que el humano no pudo ver venir.

—Eso fue rápido —habló Gabir con una sonrisa pícaro en su rostro.

—Sí, teniendo en cuenta que iban a matarte —dijo Aiden malhumorado, dejando caer el cuerpo inerte del humano al suelo sin ningún cuidado—. Noah, desátalo.

—Gracias.

—No me agradezcas nada —le cortó el pelirrojo—. Te merecías estar como estabas. ¿Tentar a la Brigada? Solo falta que les pongamos un cartel de bienvenida para que encuentren el refugio.

—Bueno, bueno, bueno... ¿Ya llegó mamá? —reconoció el tono burlón de su líder enseguida.

—Mael —dijo Aiden con desgana.

—Bien hecho, chico —dijo refiriéndose a Gabir y dándole la mano con camaradería—. Creo que te había infravalorado...

Has acabado con cinco de esos humanos —lo admiró, hacienda que el resto que lo seguía asintiera.

—¿A qué se supone que jugáis? ¡Nos ponéis a todos en peligro!

—Aiden, ¿verdad? —le preguntó acercándose, haciendo uso de todo el espacio para sofocarlo. Si bien todos los híbridos eran grandes, la estructura ósea y muscular de Mael los duplicaba todos y cada uno de ellos. Su rostro que, ya de por sí, tenía las facciones marcadas y un aire aterrador, adquiría fuerza con las heridas que lo surcaban en esos momentos. Todo combinado con aquellos ojos rojos, como la sangre, y oscuros, como la noche, le daba un aspecto amenazador. Mael era una

bestia—. En este grupo solo tienen cabida aquellos que luchan en vez de esconderse.

Si quieres ser el animal de caza de los humanos, es tu problema, ¿entiendes? —dijo golpeándole en el hombro, haciéndole de menos—. En cuanto a ti, has aprobado la iniciación y sigues vivo; no todos pueden decir lo mismo. Estás con nosotros.

—Gracias —contestó Gabir sin poder contener parte de su emoción.

—Bien, nos vamos; los refuerzos de la Brigada no tardarán en llegar — anunció Mael, mirando los cadáveres que se hallaban en el suelo—. Esperemos que les guste nuestro regalo.

—Sé que estás enfadado —dijo Gabir, clavando sus ojos violetas en su amigo—, pero ya te avisé de esto. Sabías que, tarde o temprano, iba a unirme a ellos.

—Te das cuenta de que, si no hubiéramos llegado, Mael te habría dejado morir, ¿verdad? —mencionó Aiden para hacerlo entrar en razón, aunque era conocedor de la cabezonería tan singular que poseía su amigo.

—Era consciente de que eso podía pasar —dijo con seguridad, haciendo que suspirara con cansancio—. No me mires así. Acepto que quieras seguir viviendo así, pero yo, no.

—¡Tampoco quiero esto! —reconoció hastiado. No podía decirle aquello, no cuando él era el primero en introducirse en HybernalCity a robar alimentos para que todos pudieran tener la posibilidad de llevarse algo a la boca, cuando luchaba siempre que hacía falta hacerlo.

—Chaval, ¿no te das cuenta? —Reapareció Mael frente a ellos con una sonrisa de suficiencia dibujada en su rostro—. No quieres que matemos, pero has acabado con dos humanos por defender a tu amigo. Eres como nosotros, eres uno de nosotros. Tienes agallas y no muchos las tienen. Únete a las Fuerzas Híbridas.

Su frecuencia cardíaca era casi imperceptible, tan solo unos cortos y desacompasados latidos le hacían recordar que estaba vivo. Perdió la coordinación tan pronto dio un paso al frente, demostrando la debilidad que sumía su cuerpo en esos instantes.

Las gélidas gotas que recorrían su cabello mojado y parte de sus mejillas hacían que se le erizara la piel agresivamente; parecía que esta se resquebrajaba con cada espasmo que sufría. Aiden sintió los filos de la hipotermia que le perforaban la epidermis y rasgaban los pocos atisbos de cordura que le quedaban.

Al contrario de los humanos, los híbridos no gozaban de las mejores condiciones de vida en la actualidad. Obviando el hecho de que eran perseguidos de forma incesante por sus enemigos como si se trataran de animales de presa, la muerte parecía esperarlos en cada esquina para llevárselos de forma tortuosa; no solo eran los animales de presa de sus enemigos, sino que debían luchar contra todos los factores adversos que esto les provocaba.

La gran mayoría de híbridos sobrevivía en los bosques como salvajes; aquellos pocos que tenían la suerte de residir en el refugio tampoco gozaban de muchas ventajas.

Si bien los híbridos poseían cualidades físicas excepcionales que les permitían curarse de forma involuntaria de heridas potencialmente mortales, el hambre y las condiciones deplorables en las que vivían hacían mella en ellos como en cualquier otra especie. No tenían comida suficiente para alimentar las decenas de bocas que allí permanecían, subsistían a base de lo que encontraban en los bosques y lo poco que podían robar de HybernalCity al anochecer, por lo cual la inanición era una de las grandes causas de muerte en su especie.

El refugio era considerado un hogar por muchos, incluso por aquellos que habían muerto a causa de sus nefastas condiciones. Lejos de lo que pudiera parecer, aquel paraíso cristalino envuelto por aguas dulces mermaba sus defensas con cada acto; ese era el caso que Aiden sufría en aquellos momentos. Ducharse era un lujo que solo podían darse de manera eventual, mas cuando lo hacían, la hipotermia los sobrecogía llevándolos a experiencias cercanas a la muerte, pues el agua con la que se aseaban parecía provenir de los polos gélidos del planeta.

Se apoyó en la pared del baño para reconfortarse, luego dejó que su cuerpo desnudo se escurriera hasta quedar sentado en el suelo. Aiden intentó fijar su mirada en sus trémulas manos, mas la confusión provocada por su intenso bajón de temperatura corporal no le permitía ver con claridad lo que había a su alrededor.

«Únete a las Fuerzas Híbridas», la propuesta de Mael resonaba en su cabeza en bucle, como un disco rayado en medio de un ciclo vicioso. Ni siquiera su condición actual evitaba que la ansiedad le recorriera de los pies a la cabeza; sentía que todo aquello que conocía iba a precipitarse de un momento a otro.

Aborrecía a los humanos como cualquier otro híbrido, para qué iba a negarlo. En ocasiones creía odiarlos a todos y cada uno de ellos, pues sacaban la faceta que más detestaba de sí mismo, lo convertían justo en aquello que repudiaba, un depredador con ansia de sangre.

Tal vez él era más alto y corpulento que un humano estándar. Puede que sus ojos se escaparan de la gama cromática habitual o que sus habilidades físicas estuvieran más desarrolladas, pero... ¿acaso aquello cambiaba en algo el hecho de que eran prácticamente iguales? Eran dos gotas de lluvia que habían caído de nubes distintas. ¿Cómo podía haber tanto odio recíproco entre dos especies tan parecidas?

«Tengo que decidirme», pensó. Tenía un solo día para dar una respuesta. Si decidía unirse a las Fuerzas Híbridas, debería presentarse en su próxima reunión dentro del refugio y eso era mañana. Por un segundo

quiso asistir, aunque fuera como oyente para así decidir qué hacer después.

Tan solo había una cosa que le impedía vincularse al grupo de Mael y era su madre. Su madre, aún veinte años después de su muerte, lo frenaba a dar un rotundo sí, porque ella había sido humana, una que se había juntado con un ancestro y que había quedado embarazada y, como consecuencia, había nacido él.

Sin embargo, el trato que le dio su madre quedaba muy lejos del odio que desprendía el resto de los humanos hacia los híbridos. Ella lo amaba y él, a ella.

La nostalgia que sentía cuando pensaba en la mujer que le había dado la vida se entremezcló con la ira al recordar quién la había matado, ni más ni menos que la especie a la que ella pertenecía. Su madre había muerto para que él pudiera vivir. La causa de su muerte le dio la fuerza suficiente para encontrar una respuesta.

Asistiría a la reunión y afrontaría cada una de las consecuencias de sus actos.

Capítulo 4

—¿Preparados para saltar?! —espetó Dion con dureza, demasiado cerca de su oído—. ¡Llegaremos a nuestro destino en tres minutos; desabrochaos los cinturones de seguridad!

Matthew, que se encontraba dirigiendo la nave desde la cabina de mando, tocó algunos botones en el cuadro de pilotaje y les advirtió de algo que no llegó a sus oídos gracias a que Dion, el líder de su equipo dentro de la Brigada, no paraba de gritar a voces mientras, además, abría la compuerta a través de la cual descenderían hasta llegar al suelo.

Nunca había participado en una patrulla aérea, pues de eso se encargaban los aviadores y sus acompañantes, es decir, el ejército de aire del que Matt, por ejemplo, formaba parte. Sin embargo, desde que el nuevo presidente Lawson, había tomado el puesto de dirigente de la ciudad, muchas cosas habían cambiado, empezando por sus horarios de trabajo; se habían incrementado las horas de vigilancia tanto en la ciudad como en los alrededores después de los últimos acontecimientos; al parecer el nuevo presidente se tomaba muy en serio cada una de sus propuestas, en especial las que tenían que ver con la seguridad ciudadana.

El toque de queda iniciaba a las nueve de la noche para cualquier persona de la ciudad que no formara parte de ningún pilar gubernamental o militar, como era el caso de la Brigada, y se levantaba a primera hora de la mañana, así que, a personas como Lynn, que trabajaban para el organismo militar, les tocaba pringar y trabajar más horas de las que ponía en su contrato.

Se levantó aturdida por la cantidad de ruido que la rodeaba, pero un movimiento brusco por parte de la nave consiguió que perdiera el equilibrio y tuviera que sujetarse a una de las barras metálicas que colgaban del techo. Tuvo que contenerse para no gritarle a Dion que cerrara la maldita puerta, que aún faltaban tres jodidos minutos para que tuvieran que saltar y que, a ese paso, conseguiría que salieran despedidos.

—¡Menos de dos minutos para sobrevolar el área cero!

—¡Ya habéis oído! —exclamó Dion; el agresivo viento que entraba por las compuertas de la nave distorsionaba su voz—.

Sobrevolaremos el centro de la ciudad en menos de dos minutos; preparad los dispositivos aéreos para planear hasta el suelo.

¡Armad las filas de descenso!

Lynn rodó los ojos una vez más. La semana anterior les habían comunicado que, de ahora en adelante, la Brigada asumiría la vigilancia total del área nocturna de HybernalCity, en busca de híbridos, y ella todavía no se acostumbraba a aquellos nuevos horarios. De hecho, el entrenamiento con los dispositivos aéreos fue tan superficial que temía saltar y que estos no respondieran a sus reclamos. También tenían a su disposición varias aeronaves cedidas amablemente por La Cúpula con las cuales recorrían la ciudad en cuestión de minutos. Los escuadrones rotaban dependiendo del día, por lo cual no siempre eran los mismos agentes en la revisión nocturna. La nave rastreaba las regiones de la ciudad, buscando cualquier indicio de peligro tanto en la ciudad como en las afueras, cualquier movimiento en falso por parte de un híbrido.

Al final, encontrar a los híbridos sublevados y eliminarlos era gran parte de su labor nocturna; había pasado más de una década y todavía desconocían el paradero de todos aquellos monstruosos neófitos.

—Colocaos en la línea de partida; ya sabéis cuáles son las órdenes —advirtió Bradley justo antes de desaparecer por la compuerta.

En el caso de haber una alerta de ataque, debían desplazarse de inmediato al lugar ordenado para preparar una ofensiva. Ese era el caso que tenían aquel día. El informe recibido era propio de una alerta intermedia. Más de una veintena de híbridos se paseaban a sus anchas por HybernalCity; aprovechaban la oscuridad de la noche para robar suministros y atacarlos. Eran unos seres repugnantes.

—¡Lynn, tu turno! —dijo Dion empujándola hacia la salida de la nave. Ella asintió y se colocó en el borde, sintiendo que el aire hacía que su cuerpo vibrara y se sintiera ligero como una pluma.

Sus ojos grises se abrieron súbitamente debido al frío aire de la noche que hacía que se tambaleara, se agarró con fuerza a la barra de salida para no salir despedida. Desvió su mirada

hacia abajo, a sus pies, a cientos de metros de altura; podía ver las luces parpadeantes y los rascacielos de la ciudad que alumbraban la opacidad que sumía el anochecer.

—¡Ya! —le gritó Dion dándole la voz de salida; ella dio un paso al frente y se dejó caer hasta fundirse con la penumbra. La caída apenas duró un minuto, pero la sensación que le produjo fue tan vertiginosa y trepidante que se le hizo eterna, la dejaba sin aliento.

Todavía no se acostumbraba a la violencia con la que el aire se filtraba por su garganta a borbotones, impidiéndole respirar con total normalidad. Parecía que el viento bramara al entrar en contacto con su ropa, que rugiera con fiereza al tenerla entre sus manos. El frío le erizaba la piel, congelaba sus huesos y le cortaba los labios a pesar de estar en pleno verano.

—¡Allí están! —chilló una voz conocida cuando activó el dispositivo de aterrizaje y sus pies tocaron tierra firme.

—¡Disparad!

Lynn vaciló un momento; el ruido de los disparos la aturdió y el fuego relampagueante que sumía el centro la cegaba. Vio cómo el comandante Bradley coordinaba los ataques de un pequeño escuadrón mientras mataba a cuchillazos a un híbrido que se le tiraba encima. Las venas de su fornido cuello estaban tan hinchadas que parecían a punto de estallar.

—¡Agente Weaver, no se quede allí parada y ataque!

Sin perder tiempo, salió corriendo hacia una de las callejuelas, en busca de algún lugar donde poder divisar objetivos con mayor tranquilidad. Miró hacia todos lados; la luz que alumbraba las calles procedía, en su mayoría, de las chispas que provocaban sus propios tiroteos. Sus ojos, que estaban empañados por el humo, le impedían ver con claridad la situación en la que se encontraba.

Era un mal momento para que la vista decidiera no colaborar, porque si no encontraba pronto a una de esas bestias, serían ellas las que la encontrarían primero. Y no quería eso, así que forzó la mirada exigiéndose a sí misma concentración.

Unas sombras endemoniadas se cernieron sobre el callejón, corriendo hasta quedar tan cerca de ella que podía oler su sudor.

Lynn se escondió tras unos enormes contenedores y aguardó a que se marcharan, pues eran demasiados y ella, una sola.

No sabía qué le sucedía aquella noche; ¡ni que fuera una novata! Llevaba más de un año trabajando oficialmente para las filas de la Brigada, aquello no era algo nuevo para ella. Sin embargo, estaba tan desorientada. Le daban ganas de abofetearse.

—Mael —dijo una voz femenina en lo más profundo del callejón. Lynn se agachó y se acercó con cautela, tratando de no emitir ningún ruido.

—Mei —le contestó un hombre alto, tal vez pasara los dos metros—. Si ves a los demás, diles que se dispersen, que ya nos encontraremos. Ve por los primerizos.

—Pero ¿y tú qué harás? —preguntó la híbrida. Era delgada como el filo de una aguja y tan alta como su acompañante. Lynn retrocedió unos pasos al ver que sus enemigos se acercaban a su posición.

—Seguir con la misión. Llévate a los novatos.

Sintió que se le salía el corazón por la boca cuando esse espécimen, supuestamente humanoide, pasó por su lado sin detectarla. Las descripciones que la academia militar les había dado acerca de los híbridos eran bastante precisas; sin embargo, parecía que la realidad superaba a la ficción, una vez más.

¿Un poco más grandes y voluptuosos que los humanos? ¡Ja!

¡Ese híbrido parecía un titán! Uno recién llegado del infierno; incluso sus ojos rojos, como la sangre, dejaban ver el alma sanguinaria que poseía.

La morena dejó escapar un suspiro cuando Mael o Titán, como ella lo había apodado, pasó de largo y desapareció en la penumbra, lo que le daba la oportunidad de acabar con la híbrida que todavía permanecía allí. Sin perder un segundo más,

Lynn se levantó y comenzó a disparar sin compasión a la mujer.

Había oído por ahí que los híbridos regeneraban con rapidez sus heridas, así que más le valía acabar con ese espécimen lo antes posible. Tuvo que parpadear unos segundos cuando la híbrida pareció esfumarse frente a ella, pero su incredulidad duró poco.

—Mierda... —escupió Lynn al notar un fuerte golpe en su estómago. Dirigió su mirada hacia la híbrida que, por arte de magia, había vuelto a aparecer frente a ella. Parecía joven y, a pesar de poseer una contextura delgada en extremo, que la hacía ver delicada y frágil, tenía una fuerza bruta propia del más capacitado de los militares.

—Pero mira qué tenemos aquí —se rio cogiéndola por el cuello, haciendo que no notara el suelo bajo sus pies. La saliva se le acumuló en la garganta y tuvo la necesidad imperiosa de toser para no ahogarse—. ¡Una humana! ¡Qué agradable coincidencia!

Se removió intentando deshacerse del agarre sin llegar a conseguirlo. Sus golpes parecían no tener efecto alguno sobre aquella híbrida de ojos rasgados y lacio cabello negro. A pesar de haber sido entrenada físicamente por la Brigada, sus golpes no conseguían mover ni un centímetro a su contrincante.

—¿Qué, delicada princesita... vas a llorar? —La ironía estaba impresa en su voz y en su sonrisa burlona. Quiso borrarla a puñetazos hasta que no le quedara ni un solo diente en la boca.

La presión de sus, para más inri, delicadas y esbeltas manos era cada vez más fuerte. Pretendía ahogarla e iba a conseguirlo por mucho que pataleara, así que hizo acopio de fuerzas y, con una rápida maniobra, la empujó con el pie y le clavó un dardo paralizante en el cuello, próximo a la yugular.

—Que te den, zorra —le espetó Lynn cuando, por fin, cayó al suelo liberada del agarre de la híbrida. Instintivamente se llevó la mano al cuello y lo amasó, le dolía horrores. Luego, se levantó dispuesta a abalanzarse sobre su contrincante, aprovechando que se encontraba mucho más débil en ese instante—. ¿Vas a llorar?

Sonrió con amplitud al ver que la híbrida no era capaz de contestarle debido a los efectos de la droga que le había introducido. Se subió encima, colocó ambas rodillas en los brazos para inmovilizarla por completo y comenzó a llenarla de golpes hasta hacer que escupiera

sangre. No le importó la sarta de quejas e improperios que soltó por la boca, lo único que quería era hacerle pagar la humillación.

Supuso que Mei estaba casi sedada, pues su paladar se llenaba de tal cantidad de sangre que podía ahogarse en cualquier momento y no hacía nada al respecto. Aun así, debía admitir que era impresionante el empeño que mostraba en seguir despierta, pues la dosis que le había administrado era suficiente como para hacer caer inconsciente a un caballo al instante.

Estaba por propinarle un golpe seco en el pecho cuando alguien tomó su cabello con fuerza y la arrastró lejos de su objetivo. Luego, a sus espaldas, alguien gritó:

—¡Mei!

—Déjala, Gabir, no puede oírte —respondió el híbrido que la agarraba con firmeza por el pelo, dándole un tirón para mantenerla quieta. Sentía que el cuero cabelludo le ardía como si le hubieran rociado alguna sustancia corrosiva.

—¿¿Qué mierda le has dado?! —se acercó Gabir. Sus párpados estaban tensos debido a la ira creciente y sus ojos, que la miraban con dureza, tenían un brillo fiero que le hizo tragar con fuerza.

No fue consciente de cuánto tiempo pasó hasta que se acercó a ella y, con una sola mano, la levantó del suelo y la dejó flotando en el aire, pero tal vez apenas pasaron unos segundos. A pesar de que le gritaba como un desquiciado, Lynn solo podía fijarse en aquellos extraños ojos de color púrpura, los cuales segregaban dosis descomunales de odio hacia ella.

—¡Maldita hija de puta! —la insultó. Su ritmo cardíaco, que se había mantenido elevado, pero constante hasta el momento, comenzó a acelerarse sin posibilidad de retorno cuando vio cómo el híbrido tenía los puños tan apretados que se le marcaban los nudillos bajo la piel.

El cuerpo de Lynn se tensó de manera automática cuando el puño se precipitó a su rostro con brutalidad y el corazón empezó a bombear sangre todavía más rápido. Sus encías comenzaron a sangrar debido al golpe y el sabor metálico del plasma inundó su paladar.

Las grietas del asfalto se tatuaron en su rostro cuando chocó con el suelo en un golpe seco e intenso. El híbrido la había estampado contra él con tanta fuerza que creyó que iba a resquebrajarle el cráneo, pero lo único que logró fue dejarle la mandíbula entumecida, casi desencajada, los labios empapados por la saliva y un río carmesí que le recorría la barbilla hasta llegar al cuello.

Gabir blasfemaba y se movía con agresividad, golpeando todo aquello que tuviera a su alcance, mientras que Lynn, aún tirada en el suelo, tan solo podía percibir cómo la sangre le brotaba de la boca sin que pudiera evitarlo. El aspecto amenazante del joven de ojos violáceos, que se le acercaba a pasos agigantados, no ayudaba en lo más mínimo a que sus extremidades respondieran; de hecho, las congelaba todavía más.

Cerró los ojos queriendo desvanecerse para así no darles la satisfacción de ver que sufría mientras arremetían contra ella con rabia, pero la realidad es que seguía allí y era plenamente consciente de que Gabir la tenía atrapada entre sus muslos, impidiendo que escapara.

Creía que iba a caer en el coma más profundo cuando el callejón quedó envuelto de un espeso y blanquecino humo que le irritó los ojos. Entonces, oyó que un agente de la Brigada gritaba:

—¡Disparad!

—¡Gabir, suéltala! —le exigió uno de los híbridos tomándolo por el brazo para separarlo de ella. A su lado, varios de su especie llevaban en brazos a la híbrida a la cual había dejado paralizada—.

¡Tenemos que irnos!

Lynn se quedó congelada, estática en su posición cuando el híbrido que la había molido a golpes le dedicó una mirada eléctrica, para después dejar salir un alarido colérico de sus labios.

—¡Noah, Gabir, Aod! —gritó uno de los neófitos, indicándoles que lo siguieran—. ¡Por aquí!

—Tras ellos, ya casi los tenemos —exigió el comandante Bradley avanzando a paso ligero por el callejón y sin dejar de disparar—. ¡Rodead la zona!

—Buena esa, Lynn —la felicitó Irina, una de sus compañeras, tendiéndole la mano. Ella la aceptó con gusto, temía que por sí sola no pudiera levantarse—. Has dejado a esa zorra para el arrastre, aunque no es que tú estés mucho mejor —se rio mientras recogía su largo cabello rubio en una coleta.

—Lo sé. Tengo la sensación de que se me va a caer la mandíbula en cualquier momento.

—Sí, es como... si un rinoceronte se hubiera sentado en tu cara.

—Muy graciosa —le contestó dándole un codazo que, con total seguridad, no consiguió provocarle ni unas leves cosquillas. Irina era robusta y de cuerpo hercúleo, como cualquier otro agente sin importar su género.

—Nave A3 a ejército de tierra, dos grupos híbridos se dirigen hacia las afueras, uno hacia el noroeste y el otro camino al bosque —escuchó a través del dispositivo auditivo—. Que cada agente tome la posición acordada. Repito, que cada agente tome la posición acordada.

—Agente Weaver, siga por los tejados; yo iré por tierra y los acorralaremos —le reclamó Dion por el transmisor—. Intente que no la maten.

—Sí —bufó volviendo a correr, aún sin sentir la mandíbula. Localizar a uno de los grupos fue relativamente sencillo, eran ruidosos y no se esforzaban en disimularlo. Lo más complicado resultó ser alcanzarlos; para seguirles el ritmo debían, al menos, igualar su rapidez y agilidad, y esas carencias tan solo podían suplirse con artefactos avanzados que muchos de los agentes todavía no poseían.

«Mierda», se quejó Lynn deteniéndose para coger aliento.

Tenía los brazos a ambos lados de su cintura y estaba doblada sobre sí misma, casi sin poder aguantar la compostura. Estaba agotada y, encima, les había perdido la pista... Otra vez.

La oscuridad más opaca la rodeaba, abrumándola; solo la luz de las estrellas le iluminaba el camino y la acompañaba en su misión. El cielo estaba despejado, tanto que incluso podía ver

a Hades, el satélite más lejano que orbitaba alrededor de Caelum y cuya superficie era agua por completo, y algo más cerca La Cúpula. La miró con nostalgia y esbozó una ligera sonrisa.

«Vendré de visita en un par de semanas» le había dicho su madre hacía casi dos meses, pero nunca llegó. Llevaba más de una década diciéndole eso cada vez que se marchaba por sus investigaciones al centro científico de La Cúpula, donde trabajaba.

Sabía que no podía pedir más de lo que recibía; su madre entregaba toda su vida al trabajo, era una mujer ocupada, ya lo tenía más que asumido, pero... ¿cuánto hacía desde la última vez que la había visto? Seis meses, ¿tal vez? Puede que más.

Lynn trató de convencerse de que no le importaba; de hecho, ¿qué más daba? Su madre nunca tuvo ese famoso instinto maternal del que tanto hablaba todo el mundo y, si lo tuvo alguna vez, sería hacia alguna de sus tesis, pero desde luego no hacia ella.

Se encontraba sumergida en sus cavilaciones cuando una figura emergió de entre la negrura nocturna y pasó por su lado, empujándola. Abrió los ojos para observarla y, al darse cuenta de que era un híbrido, se apresuró a alcanzarlo. No podía dejar que se le escapara otro aquella noche.

Había sido rápido, puede que el más rápido que hubiera visto.

¿Cómo había escalado el rascacielos sin que lo viera primero? Sin darle más vueltas, activó los drones de ataque y se desplegaron sobre él. Si bien no iban a detenerlo, le darían tiempo suficiente para alcanzarlo. La humana saltó al edificio de enfrente haciendo uso de la tabla propulsora, aunque el miedo a que no funcionara y quedara destrozada en el suelo persistía.

Estaba de espaldas y vestía de negro, fundiéndose con la oscuridad del entorno, pero ella podía verlo perfectamente. Su altura, al igual que la del resto de los híbridos que había tenido la oportunidad de ver, era prominente y sus espaldas anchas, aunque tal vez más joven.

Corrió hasta él con intención de clavarle el cuchillo, pero no logró asestarle en ninguna de las ocasiones en las que lo intentó.

Durante varios minutos lo atacó, pero él, hábil y escurridizo, la esquivaba con tanta facilidad que incluso llegó a mermarle la autoestima. Llevaba años entrenando y ahora venía uno cualquiera y conseguía torearla a su gusto.

«Mierda», susurró de forma inaudible. De repente, todo sucedió en cámara lenta. Los destellos que desprendían los proyectiles lo rodearon y levantaron un vendaval a su alrededor, la capucha que llevaba voló dejándole el rostro al descubierto.

Su piel, pálida como la porcelana, contrastaba de manera casi artificial con su cabello, tan rojo como el fuego que parecía estar envuelto en llamas.

Su cuerpo esbelto parecía danzar entre los disparos que le propinaba, esquivándolos sin ninguna dificultad. Volvió a intentarlo una segunda vez, una tercera e incluso una cuarta, sin éxito, pero tan pronto se vio acorralado desapareció frente a ella.

Lynn buscó sin cesar entre la penumbra, ansiosa, mas sus ojos no podían verlo, aunque sí podía sentirlo y estaba cerca. Un sudor frío recorrió su espalda; la expectación de que su enemigo

la tenía en el punto de mira y que ella no sabía ni siquiera por dónde iba a atacar la ponía en guardia.

Si bien consiguió detectarlo, lo hizo demasiado tarde; de un segundo a otro la tenía agarrada por los brazos con tanta fuerza que podía rompérselos con un solo movimiento. La humana hurgó en sus bolsillos, tratando de tomar el machete que escondía, pero él se lo impidió zarandeándola con tanta fuerza que logró marearla. Contó hasta tres con los ojos entrecerrados a la espera de que llegara el primer golpe de los muchos que iba a recibir por su parte, pero para su sorpresa, no hubo rastro de dolor. Volvió a abrirlos con lentitud y chocó con los ojos dorados de su oponente que la miraban como si ella fuera el sujeto extraño y no él. Su insólita mirada la analizaba como si, de repente, pudiera ver algo en ella que había permanecido oculto hasta entonces.

El tiempo dejó de correr entonces, mientras se preguntaba cómo un individuo de apariencia tan singular y exótica, incluso magnética, podía ser parte de, en realidad, una especie repugnante y poco después lo notó: una corriente eléctrica que ardía en su interior, recorriéndola de pies a cabeza, mucho más intensa en los lugares en los que él la sujetaba.

Dolor, uno tan agudo que parecía que detonara cada órgano en su interior. Las manos empezaron a temblarle con frenesí hasta llegar a hormiguarle y sintió palpitaciones que retumbaban en cada centímetro de su ser. Jadeó con insistencia, tratando de almacenar aire en su interior, pero la sensación de sofoco combinada con el frío ártico que emanaban sus entrañas le impedía concentrarse. Su mente, que parecía inmersa en una sensación de irrealidad, empezó a mandarle señales de alarma. Hubiera preferido que la matara a golpes, sufriendo cada segundo hasta alcanzar la muerte, y no ese vaivén de emociones. Lo miró aterrorizada, sin entender qué le estaba haciendo y por qué no moría de una maldita vez.

—Suéltame —lo dijo en un susurro tan jadeante, débil y trémulo que pareció que lo suplicaba en vez de exigirlo. Su cuerpo tiritaba con brío entre sus brazos, más rendido a la suerte que le fue echada que tratando de evitarla—. Por favor...

—¡Aiden! ¡Mael dice que nos retiremos! —se oyó unos metros más allá. Se trataba, ni más ni menos, que del imbécil que le había dejado la cara hecha una desgracia. ¿Gibir, se llamaba?

El híbrido arqueó una de sus cejas rojizas y, antes de salir corriendo junto a los suyos, sus ojos la encontraron una última vez. Acto seguido, abrió las manos y liberó sus muñecas maltratadas.

—¿Te ha hecho daño? —Matthew, al que ni siquiera había oído llegar, la revisó por todos lados en busca de alguna herida. Ella negó con la cabeza—. Quién lo diría, tienes la cara...

—Sí, lo sé, no hace falta que lo digas —le cortó.

—Volvamos a la nave. La facción terrestre se ocupará de ellos.

«¿Por qué...?», se preguntó siguiendo a su compañero, pero pensando en lo ocurrido. Lynn se volteó, pero ya no había rastro de ningún híbrido allí; la única prueba de que alguna vez los vieron era el destrozo armado en la ciudad.

El porqué no la había matado pasó a ser la pregunta del millón, pues no le faltaron oportunidades para hacerlo; es más, si ella hubiera tenido la más mínima posibilidad, lo habría

hecho sin atisbo de duda. El temblor de sus piernas hizo que mirara al frente de nuevo, todavía había un torrente eléctrico en su interior que le impedía mantener el equilibrio.

Tenía miedo de lo que fuera que le hubiera hecho y no solo por lo mal que se encontraba en ese momento, sino porque sabía a ciencia cierta que si comentaba lo sucedido a sus superiores...

¿Qué suerte le depararía si llegaban a enterarse de que un híbrido había usado sus habilidades en ella?